

B Mosquera hijo
Hotel Westley
126, West 73rd St
New York City.

New York Mayo 4, 1947.

Mi estimado Salvador:

Permíteme que ante todo me disculpe por no haberme comportado con la amabilidad y comprensión conque lo hicistes tú al contestar mi carta sin pérdida de tiempo. La realidad es que había querido hacerlo antes, pero los estudios por una parte, y por la otra el sincero deseo que he tenido de cambiar ideas contigo en una forma más extensa que en una pequeña carta me lo habían prohibido hasta hoy. Debo ante todo decirte que me ha complacido inmensamente haber recibido el folleto que, con tú cooperación, redactó la liga campesina con el objeto de hacer una exposición legal ante la Asamblea Nacional Constituyente sobre nuestro tan anhelado deseo de ver realizada la Reforma Agraria. El folleto en cuestión me ha parecido fantástico y bajo el punto de vista de un observador ausente no he podido estar más satisfecho. Vale la pena mencionarlo, nó innecesariamente discutirlo, porque es viva realidad y expresión del justo clamor de nuestro tan desgraciado y debil campesino. Recibe Salvador junto a los tuyos, mis más esperanzados votos porque la Asamblea Constituyente no solo tome en cuenta esa moción legislativa sino que sea considerada en las discusiones de la ley. Estoy seguro que entonces algunos dejarían de interrogar las bases para un posible temor injustificado por ahora. Pero oh, Salvador, cuán falaz, cuán inerte, cuán terriblemente prosaico es el pensamiento del pequeño burgués que en masa se ha entronado en nuestra tierra.

No hay en la actualidad peor enemigo, no hay, te repito, más poderoso enemigo de las conquistas del proletariado revolucionario que el pequeño burgués. El burguesillo es hoy el más extenso baluarte de la reacción capitalista que estamos observando; es una veleta glorificada por batallas imperialistas y propaganda de todo género; es un bastión de acero abanderado por una tradicional ambición pecuniaria y egoísta y habilmente dirigido por hábiles e inescrupulosos líderes. Así se presenta ante mis ojos el actual irresponsable tenderito u oficinista metropolitano con quién a diario asqueadamente me tengo que rozar. Este prototipo de ascendiente fascistoide es el, hoy también allá ha logrado endulzar nuestro sagrado liderismo. Este personaje es el inculto ascético interesado, el héroe de toda comedia cinematográfica y el más fiel de los siervos del poderoso magnate. Para él, Adam Smith y el Laissez Faire son contemporáneos; su culto evangelista o de los ministros papistas está complementado por la admiración de estatuas ecuestres que, ya roídas por el tiempo, le reviven las leyendas históricas de Carlyle o los pensamientos lacustres de Rousseau. Este individuo no vasilaría en sumirse de lleno a un autócrático totalitarismo de sus mercenarias milicias si algún día creyese posible el derrumbamiento de su actual sociedad, y es por ello que no tiene mayor aliado el poderoso capitalista e industrial, ese minoritario Dios del Oro. A mí Salvador se me presenta así el poderío de la nueva doctrina - digamos la nueva cruzada secular - que con tanto ímpetu ha lanzado este país para alimentar con fusiles y balas los hambrientos pueblos de Europa.

Que contraste tan pavoroso estamos viendo los hombres, que hipócrita y carcomido ha logrado ponerse el hombre de nuestros días. Este hombre que hace apenas más de una centena de años coloreó a Francia con sangre heroica para acabar de una vez por todas con la tiranía dinástica; hoy hace alarde al fomentar batallas entre un mismo pueblo que con justicia desea destituir un rey. Nó Salvador, cualquier simpatía, cualquier cariño innato que uno pueda sentir por lo bueno que exista en el sistema de cosas actuales desaparece sin escrúpulos ante tanta ignominia. Bienvenido sea cualquier movimiento que tienda a destruir este imposible y por demás lamentable orden de cosas.

Más todo amigo mío tiene su lado esperanzado. Estamos presenciando los postrimeros gritos de audacia de la burguesía. Estamos en los umbrales del fin de la utópia; los condenados ya no pueden con el peso de sus crímenes, la prisión sin barrotes de la felicidad humana comienza a convertirse en un cuento de hadas y las bases de los imaginarios castillos de los grandes señores comienzan a derretirse bajo el calor de la realidad histórica. Pero basta de retórica Salvador, si algo me alienta en la actualidad es que puedo ver sin dificultad el temor, ya preconcebido, del capitalista yankee ante el avance marxista. Este temor se hace notorio en el gran celo que ponen en la enseñanza, en la propaganda reaccionaria que a diario aparece en los periódicos, en la ridiculización de cualquier elemento progresista y, sobretudo, en la legislación obrera que en los actuales momentos está pasando el Congreso. De esta legislación creo que puede surgir un frente obrero unificado, que si aún continuaría bastante conservador en sus luchas sería, sin embargo, una prueba evidente de conquistas socialistas. Creo que el sindicalismo obrero de este país por primera vez en su historia está intentando una organización que tiende sus miradas hacia las conquistas políticas.

He tenido la oportunidad de escuchar varias conferencias en la Universidad en donde se ha hecho énfasis sobre el futuro de lo que llaman la "herencia de Roosevelt y el New Deal". Es opinión bastante generalizada, especialmente por estos historiadores, llamados economistas y sociólogos - de esa sociología tan compleja y etérea como la muerta filosofía clásica Alemana - que los Estados Unidos se verá obligado en el futuro a mantener un sistema de gobierno semejante a el actual Inglés pero con ciertas modificaciones. A este sistema político le han dado el calificativo de Colectivismo Democrático. Es sin duda algo más progresista de lo que muchos nos imaginamos posible en un país tan individualista como este, pero, como ya te dije, este nascente movimiento es certero blanco de la ridiculización y crítica severa de la prensa reaccionaria. Es mi opinión que si en un futuro cercano se hiciese realidad la consolidación en un frente del movimiento obrero, sus miras políticas se enrumbarían por vías de este sistema. Lo podríamos resumir desgraciadamente como representante del agremiado, de la pequeña burguesía, y del pequeño agricultor. Representante fiel de esa gran muchedumbre indecisa más que del verdadero obrero industrial. Más te repito; la pequeña burguesía es una veleta poderosa, perfila su destino donde el viento favorable le indique, y si sus intereses son defendidos por la autocracia no vasilaría en dejarse ensillar. Por el contrario si encontrase favorable a sus intereses algún sistema de índole socialista le daría gustosamente una calurosa bienvenida. Solo la gran explotación de la omnipotente corporación y el "trust", podrían eventualmente señalar un rumbo progresista a esta gran masa de estonógrafos y pulperos. Más todo este movimiento liberal que se encierra dentro de un claro deseo progresista está controlado por los intereses de cada clase

en particular, dentro de los cuales los de la clase obrera son los menos precisos en los actuales momentos. Sobre este rompecabezas Salvador, la respuesta está en manos del tiempo y de la resolución de los líderes del movimiento obrero organizado. Mientras tanto, el Imperialismo ejercerá influencia sobre nosotros cada vez con más impulso y el colchón de algodón de nuestro mercenario importador se rellenará de plumas.

He tenido muy pocas noticias de Venezuela, y mira que me hace feliz el saber de los progresos de mi tierra. Poco es de esperarse por ahora cuando imagino la tensión política estará en voga y las verdaderas necesidades de nuestro pueblo se verán obligadas a esperar con desesperante paciencia.

Los estudios me han tenido más ocupados de lo que creí me tendrían; ello, muy a mi pesar y lamentos, parece que habrán de obligarme a postergar mis deseos de colaborar como pueda por el futuro bienestar de mi país. No he perdido el tiempo, sin embargo, un gran deseo de instruirme, un gran amor hacia los libros llenan mi vida de vibrantes esperanzas. No tengo otro sueño Salvador, no pasa por mi joven mente otro pensamiento alentador que el de la lucha que aún me espera. Es esa lucha la que quiero conquistar con todas mis fuerzas, la que, estoy seguro, habrá algún día de compensar esta agonía que la separación de todo lo que quiero me ha causado. Quisiera escribir sobre algo bastante íntegro que revolotea en mi mente constantemente, pero por ahora lo encuentro tristemente imposible. Hago notas, recapitulo y hasta me ilucione de tener en las manos un tema fijo y preciso; pero sé tan poco cuando vengo a realizar mis conocimientos ante los ya impresos, que desisto. Además el tiempo me es escaso y prefiero dedicarle el que me queda libre a estudios de toda índole que puedan crearme una consciencia íntegra fuertemente ligada a mis ideologías.

Aquí te dejo por ahora Salvador, creeme que había querido hacerlo antes y que solo me había sido imposible. Me dá una grán alegría oír de tí y espero que habrás de darme tu opinión sobre esta carta con la misma sinceridad de siempre. Creo que con sinceridad puedo demostrarte cuanto aprecio tu tan desinteresada amistad. El libro de Fábila no parece existir en la biblioteca de aquí. Sin embargo, lo seguiré buscando. Recibe mis más sinceros votos por tu felicidad peronal;

Te abraza,


Bernardino.